



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

Domingo XXVI del Tiempo Ordinario  
Ezequiel 18, 25-28; Salmo 24; Filipenses 2, 1-11; Mateo 21,28-32.  
Septiembre 27 del 2020

## La madurez de la fe

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La liturgia de la Palabra que se nos ofrece en este domingo, nos invita a reflexionar sobre nuestra respuesta a la Revelación. Es decir, nos pregunta directamente con que madurez estamos profesando nuestra fe. Antes de avanzar quiero señalar que al referirme a la madurez, ésta debe entenderse como un proceso consciente y constante en el que nos hacemos responsables de la manera en que vamos determinando toda nuestra existencia.

Si bien, somos conscientes que el pecado social o pecado estructural tiene sus consecuencias evidentes en el progreso humano de las comunidades, hoy se nos insiste en las consecuencias de nuestras acciones personales. Desde el ámbito de la fe, la profecía de Ezequiel, nos presenta una respuesta a la tendencia a señalar a Dios como injusto por el sufrimiento humano, el cual es producto de la injusticia practicada por los hombres o consecuencia del desequilibrio social. La cuestión que presenta el profeta, nos señala que podemos y debemos trabajar conjuntamente por la reconstrucción social y el progreso humano, dice: ¿No es más bien el proceder de ustedes el injusto?, pregunta que tiene la función de abrirnos a la esperanza, “si recapacita y se aparta de los delitos cometidos, vivirá” (Ez 18,27). Para el progreso humano, necesitamos vencer la influencia del egoísmo y el individualismo, para fortalecer la responsabilidad del bien común. Quien asume su fe a partir de este llamado de Dios por medio de Ezequiel, sabe asumir su fe tomando parte activa en el progreso de su comunidad.

Por otro lado, en la parábola que nos presenta el Evangelio, la orientación se centra en la respuesta personal, y allí el enfoque no se encuentra en la respuesta comunitaria, sino en la relación de amor que sólo puede ser asumida por cada persona. La parábola presenta a un hombre que hace una invitación muy precisa “hijo, ve a trabajar hoy en la viña” (Mt 21,28) aquí la llamada a la responsabilidad personal, lejos de recordar tonos apocalípticos o amenazantes, hace presente a un Dios Padre que deja a sus hijos libres. El Señor no quiere esclavos que lo sirvan, si no hijos que libremente lo amen, y no con palabras, si no con hechos, con toda la existencia.





De esta manera, debemos agradecer a Dios la confianza que nos tiene para llamar a cada persona bautizada a su viña, así escuchábamos la enseñanza de San Juan Pablo II: “la invitación evangélica a trabajar en la viña del Señor resuena en la vida y en el corazón de todo hombre y toda mujer, llamados a comprometerse concretamente en la viña divina y a participar en la misión de salvación. En esta parábola, cada uno de nosotros puede reconocer su propia experiencia personal”. (Juan Pablo II, 12-16-1997).

De aquí debemos aprender a revisar el progreso de nuestra fe. Así como la madurez humana implica la capacidad para la respuesta ante los retos de la vida, la madurez de la fe se determina por la experiencia de amor que le permite al creyente actuar en libertad. Esto no se da de una vez para siempre; el seguimiento de Cristo, requiere del discernimiento cristiano y en el encontramos el arrepentimiento. Esta es la cualidad del segundo hijo, que en la parábola realiza la voluntad del Padre: “se arrepintió y fue” (Mt 21,19). Mientras existimos en este mundo, tenemos la oportunidad del arrepentimiento, de corregir los caminos, en definitiva de confiar en la gracia que Cristo nos ofrece: el camino para entrar en su comunión y realizar así la voluntad del Padre (Filipenses 2, 1-11).

Entrar en este proceso para sabernos libres en nuestra profesión de fe, exige que estemos abiertos a la transformación que opera el Espíritu de Dios, en el creyente que se confía en su acción. En este aspecto, Benedicto XVI, nos exhorta:

En el espíritu de la enseñanza de Jesús se necesita un corazón abierto, que se deja conmover por el amor de Cristo, y así presta al prójimo que nos necesita más que un servicio técnico: amor. Con el que se muestra al otro el Dios que ama, Cristo. Entonces, también a partir de Evangelio de hoy, preguntémonos: ¿Cómo es mi relación personal con Dios en la oración, en la participación en la Misa dominical, en la profundización de la fe mediante la meditación de la Sagrada Escritura y el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica? Queridos amigos, en último término, la renovación de la Iglesia puede llevarse a cabo solamente mediante la disponibilidad a la conversión y una fe renovada. (Benedicto XVI, 09-25-2011)

Nos encomendamos a María Santísima, para que a través de la meditación del Santo Rosario, al contemplar en su compañía los misterios para nuestra salvación, podamos seguir madurando en nuestra respuesta de fe, encontrar la voluntad del Padre y decirle “sí” como ella; de palabra y obra.